



LA PELÍCULA DE LA SEMANA / CARLOS BOYERO

Inmune a esta poética

CERRAR LOS OJOS

Dirección: Víctor Erice.
Int.: Manolo Solo, José Coronado,
Ana Torrent, Mario Pardo.
Género: drama. España, 2023.
Duración: 169 minutos.

Se utiliza con entusiasmo selectivo y primoroso el término películas de culto, directores de culto, escritores de culto, artistas de culto. Yo he sentido desde pequeño alergia al culto. Será porque lo relaciono con las iglesias, las religiones, los dioses, la adoración, los actos de fe. Se supone que en el mundo de la cultura implica crear obras que están más allá del bien y del mal, intocables, intemporales, reverenciadas. Y se aplica como un eterno mantra al cine que ha realizado Víctor Erice. Qué pesado debe de ser que las expectativas ante su última y muy demorada criatura tengan que ser masivamente las que corresponden al cine de culto.

Y, por supuesto, como todo el mundo, me sentí intrigado, fascinado, emocionado con algo auténticamente poético titulado *El espíritu de la colmena* y hace mucho tiempo que no he vuelto a revisar *El sur*, pero siguen incrustadas en mi agradecida memoria la secuencia en la que el padre baila con la niña durante su primera comunión y la conversación nocturna entre la cría y Rafaela Aparicio. Pero no me transmitieron encanto de ningún tipo el insufrible medimetraje que Erice integró en *Los desafíos*, ni su dormitivo experimento en *El sol del membrillo*, ni algún cortometraje suyo que he padecido. O sea, que he disfrutado a veces de su



José Coronado, en un momento de *Cerrar los ojos*.

original, potente, lírico y transparente talento y en otras solo he percibido vacuidad con exageradas pretensiones de arte.

Consecuentemente, como tantos cinéfilos, aunque sin vestirme de parroquiano o de sacristán ante la última misa que va a celebrar el gran sacerdote, me acerco con razonada ilusión a *Cerrar los ojos*, cuarto largometraje de alguien insólito en variados sentidos. El arranque es enigmático. Un millonario judío, gravemente enfermo y

atrincherado en su soledad, le encarga a un hombre que busque y encuentre a su hija. Esta intriga detectivesca, con aroma teatral, pero supuestamente real, corresponde al rodaje de una película que nunca se terminará, ya que el actor que la protagoniza desaparece y nadie puede encontrar su pista. A lo largo de tres horas, que se me hacen tan largas como nada exultantes, el director de aquella película, antiguo e íntimo amigo del desaparecido, al

Pretende hablar de gente devastada por la vida, pero no hay forma de que me haga vibrar

El problema quizás sea mío y no de la exquisita sensibilidad de su muy distinguido autor

guien que se niega a admitir que aquel hombre autodestructivo se suicidara o fuera asesinado por encargo de un marido cornudo, se empeñará en buscar su rastro, recurriendo a la hija de aquel, a un amor común de ambos, a un programa de televisión especializado en la búsqueda de gente desaparecida, a un amigo común e individuo entre pintoresco y resignado que encarna el amor ancestral y el mimo hacia una forma de concebir el cine y sus esencias que ya está agonizando, a una residencia de monjas que cuida a ancianos y a gente muy perdida, a un neurólogo (en una secuencia desechable) y a no sé cuántos personajes más. Ninguno de ellos me apasiona.

Se supone que el material dramático que maneja el creador tiene peso y capacidad para transmitir emoción. Pretende hablar de gente devastada por la vida y de supervivencias dolorosas, de soledades, de recuerdos lacerantes, de reencuentros con los viejos amores, de citas simbólicas que caben en una cajita, pero que han marcado la existencia, de refugios provisionales cuando todo ha sido ruina, de gente íntimamente herida. Pero no hay forma de que eso me haga vibrar. Tampoco esa parte final, que algunos espectadores que se habían sentido tibios o distanciados hasta entonces, me aseguran que les empapa de calor, humanidad, comprensión, de esas sensaciones tan agradecibles. Yo, todo el rato en plan tépmano. El problema tal vez sea mío y no de la exquisita sensibilidad, la capacidad narrativa y la lírica de su muy distinguido autor. Pero soy incapaz de sentir nada grato. Tampoco me irrita demasiado. No sé qué es peor, si la indiferencia o el encajonamiento.